

Mario Vargas Llosa, *El hablador*, Editorial Seix Barral, S. A., Barcelona, 1987, 96 p. [4ta. Edición 1995]

Luz Elida Vera Hernández

Maestrante en Etnoliteratura, Licenciada en Lengua Castellana y Literatura, Universidad de Nariño; Correctora de Estilo, Editorial UNIMAR, Universidad Mariana. Correo electrónico: luvolvera2011@gmail.com

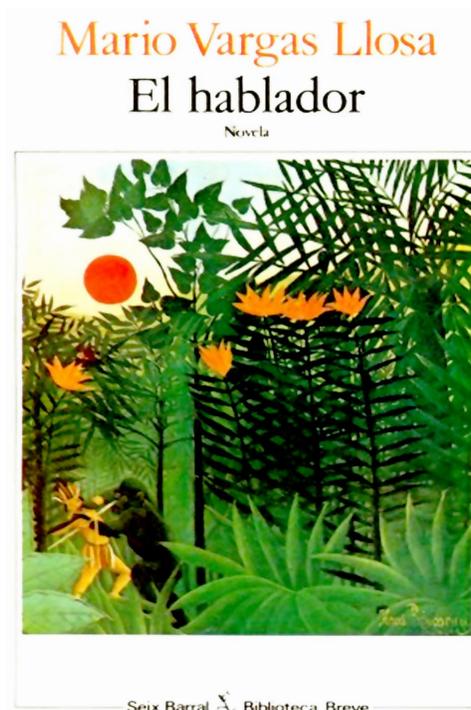


Figura 1. Portada del Libro *El Hablador*.

Fuente: Paisaje tropical. Indio luchando con un mono (fragmento). Henri Rousseau - 1910..

Mario Vargas Llosa nació en Arequipa, Perú, en 1936, pasó su infancia entre Cochabamba, Bolivia y las ciudades peruanas de Piura y Lima. A los dieciséis años inició su carrera literaria y periodística con el estreno del drama *La huida del Inca* (1952). Poco después ingresó en la Universidad de San Marcos de Lima, donde cursó estudios de literatura y donde se presume que conoció a un gran amigo, y quien es representado en la novela *El Hablador* como Saúl Zuratas.

Mario Vargas Llosa ofrece una novela en la que se pone de manifiesto su abnegado amor por su país, Perú, y la nostalgia que le produce su recuerdo, a pesar de no estar de acuerdo con todo lo que allí sucede, sin excluir parte alguna de su territorio, una muestra de ello es *El Hablador*, novela a través de la

cual se difunde las costumbres, creencias y saberes de un pueblo indígena de su país, una de las culturas que también son y hacen parte del Perú.

La novela está oscilando, alternándose entre dos realidades, contra-

poniéndose al tiempo, lo cual puede justificar la hipótesis, que es evidente ante cualquier lector, sobre la existencia de dos narradores, uno que se le atribuye a Mario Vargas Llosa y el otro a Saúl Zuratas, también llamado Mascarita; en torno a la historia de estos dos personajes transcurren hechos que siempre están promoviendo puntos de encuentro y diferencia, entre el mundo racional –tecnología, ciencia, filosofía- y el natural –naturaleza, experiencia, comunidad-.

En esa medida, la obra inicia cuando el narrador número uno -Vargas Llosa- enuncia su desplazamiento a Firenze, lugar al que viajó para olvidarse del Perú, inicialmente, describe estos lugares con interés, aspectos que evidencian que efectivamente el narrador en mención tiene una amplia visión del mundo europeo, “lo sabe todo”, y así lo enuncia: “Había visitado la reconstruida casa de Dante, la iglesita de San Martino del Vescovo y la callejuela donde la leyenda dice que aquél vio por primera vez a Beatrice” (p. 3); pero también tiene una visión bastante amplia del otro mundo –suramericano-, ya que aunque inicialmente se plantea la existencia de dos narradores, es evidente que existe uno universal, como lo deja entrever al culminar la historia, estrictamente le da vida, voz a través de la práctica a un personaje revelador para esta historia, mostrando así la oralidad del pueblo Machiguenga, del cual tenía buenos referentes, aparentemente por la verdadera relación que tuvo con Saúl y con esta comunidad.

Al avanzar en la lectura de la historia encontramos que Mario Vargas choca con aquella pequeña galería en donde se exhibían las fotos sobre la tribu que él había conocido de cerca y se muestra interesado, y más aún, le llama la atención la traducción del nombre de la tribu al castellano, la cual era correcta: “Los Machiguengas”; este es precisamente el referente que toma Vargas Llosa para reencontrarse a sí mismo y con la historia de su gran amigo. En esta descripción Vargas Llosa logra transmitir las emociones propias de un extranjero en tierra lejana al encontrarse con imágenes que le recuerdan un evento en particular, y al estar apartado de su lugar de origen y contemplar la exposición de imágenes Machiguengas, se desató la evocación, generando así la excusa perfecta para empezar a narrar esta historia, así lo enuncia, “las fotos mostraban con elocuencia cuán pocos eran en esa inmensidad de cielo, agua y vegetación que los rodeaba, su vida frágil y frugal, su aislamiento, su arcaísmo, su indefensión. Era verdad: sin demagogia ni esteticismo” (p. 3); esta frase manifiesta la visión occidental que se tiene de los grupos indígenas que aún habitan en gran parte de América, en especial en las selvas amazónicas, puesto que verlos en su estado

natural para nosotros –desde la visión occidental- es casi inaceptable, porque se piensa que están en un estado de indefensión, pues no se encuentran rodeados de comodidades materialistas como en las grandes ciudades, por lo que creemos que son inferiores a nosotros. “Aunque no entendamos sus creencias y algunas de sus costumbres nos duelan, no tenemos derecho a acabar con ellos” (p. 11).

Este es uno de los aspectos más significativos que llevaron a Saúl a “convertirse”, a recibir esa “emboscada espiritual”. Al estar en contacto con sus costumbre se sintió identificado, y mucho más cuando descubrió que compartían un punto en común, como lo era su condición de discriminado y perseguido, ahora bien, haciendo una relación entre algunos sucesos de las religiones en cuestión, se tiene que los judíos – parte de las creencias que le fueron infundidas a Saúl - Mascarita- eran perseguidos al igual que sucede con los indígenas.

El personaje de Saúl Zuratas oscila entre dos planos, la belleza y la humildad, pues el lunar morado oscuro en el lado derecho de su rostro, lo hacía físicamente feo, pero su personalidad lo hacía espiritualmente puro, de sentimientos nobles y gran corazón; fue compañero de Mario en la universidad cuando estudiaba en la facultad de letras, él estudiaba derecho para complacer a sus padre, era hijo de un judío, Don Salomón, y una criolla-cristiana, quien a los dos años de haber llegado a Lima, Perú, murió de cáncer. Saúl en una de las visitas a la selva amazónica conoció a Fidel Pereira, hijo de un cusqueño y una machiguenga, quien era catalogado como un señor feudal y cacique aborígen; este señor es un claro ejemplo de hibridación cultural, fenómeno que se gesta cuando dos o más culturas entran en contacto, este hombre pasaba de un mundo al otro, conociendo las dos culturas, pero a la vez desconociendo el legado de sus ancestros, de sus descendientes puesto que el realizar esa acción en cierta medida se convertía en el puente de contaminación que lleva a los pueblos indígenas a su decadencia, además, este personaje se beneficia de los dos mundos. Pero también fue esa posibilidad la que le permitió a Saúl convertirse en uno de ellos.

Retomando a Saúl Zuratas, es pertinente decir que era frecuentemente discriminado por su lunar en la cara, lo cual lo llevó a tener varios incidentes con personas que lo rechazaban por su aspecto, reproches a los cuales no les prestaba atención, en el fondo los catalogaba como juicios sin fundamento. Aquí el autor realiza un paralelo entre el concepto de belleza de las culturas “civilizadas” a la de los culturas indígenas, puesto que en la primera el concepto es puramente estético,

al contrario de la segunda que es espiritual -natural-, cuando alguien nace con alguna discapacidad física o cognitiva y logran llegar a un estado de independencia son respetados, como el caso de Saúl, a diferencia de la cultura occidental en donde encontrar y juzgar por los defectos de una persona se ha vuelto algo cotidiano, y no se dimensiona el daño que se genera en el otro.

En el transcurso de la obra, cuando se tiene plenamente identificados a estos dos personajes, se puede establecer un paralelo entre los conocimientos y creencias que manejan, puesto que Mascarita tenía como guías y grandes filósofos de vida a los integrantes de la tribu, a los habladores y su sabiduría, por lo que promulgaba sus principios, a diferencia de los que profesaba Mario, quien expresa gran admiración por Sartre, Molraux y Faulkner, representantes de la escritura y la intelectualidad.

Por otra parte, es pertinente destacar la relación directa que surge entre la sabiduría que se enuncia en el capítulo III, y el ser nómada, puesto que en cierta manera aquel hombre que siempre está viajando y conociendo otras culturas, es mucho más sabio, y al relacionar ese conocimiento trasciende de forma vertiginosa. A diferencia de los Viracochas como llaman a los blancos, o mestizos. Porque cuando no hay migración, movimiento empiezan a aparecer las enfermedades y virus como las de ese tiempo: la del caucho, la del oro, la del palo de rosa, la de la colonización agrícola.

En esa medida, el hablador es un personaje muy importante entre los Machiguengas, porque es quien tiene el conocimiento del presente y del pasado, de uno y de varios al mismo tiempo. Al llegar la visita del Hablador a cada uno de los grupos de Machiguengas que se encontraban distribuidos a lo largo del territorio, todos acuden a escucharlo con respeto y vehemencia. “Qué miserable debe ser la vida de los que no tienen, como nosotros, gentes que hablen, reflexionaba. Gracias a lo que cuentas, es como si lo que ha pasado volviera a pasar muchas veces” (p. 25). Los Machiguengas pertenecían a la familia Arawak, eran pacíficos en comparación con otras tribus, eran tímidos, no tenían un asentamiento fijo, y se habían visto obligados a desplazarse continuamente, de ahí su nomadismo trazado por el movimiento de los astros, además, no tenían caciques y su máxima autoridad eran los padres de cada una de las familias, según sus creencias fueron creados por el dios Tasurinchi, el creador de todo lo que existe.

Según los esposos Schneil los machiguengas eran locuaces y magníficos informantes, pero era inquietante que aún con estas características mantuvieran en secreto a los habladores, de manera que nadie sabía de su existencia, cuando alguien estaba cerca evadían este tema; lo cual

tiene explicación porque la sola palabra hablador se pronunciaba con respeto, éste ejercía un liderazgo espiritual, además que cumplía con la condición de nómada pero de forma más solitaria, siempre se desplazaba, iba de familia en familia hablando e informando de todo cuanto sucedía, ellos eran el puente de comunicación de unos a otros, se constituyen en la memoria de la comunidad. Esa era su forma de preservar sus costumbres, un grupo de pocas personas con la finalidad de no causar grandes conflictos.

Posteriormente, Mario Vargas cuenta cómo a mediados de 1958 conoció la Selva Amazónica gracias a una mujer llamada Rosita Corpancho, en una expedición por el Alto Marañón realizada por el Instituto Lingüístico, Mascarita criticaba duramente la labor que realizaba el Instituto Lingüístico, argumentando que la verdadera razón de su estudio era el interés por descifrar sus códigos lingüísticos, para luego permearlos de la cultura occidental y finalmente evangelizarlos. Los lingüistas destruyen a las tribus desde adentro, borran su cultura. Los pueblos indígenas tienen conocimientos profundos sobre el hombre y la naturaleza, a excepción del hombre de la metrópoli, quien por el contrario se emplea las acciones en el daño permanente a la naturaleza y hacía sí mismo, por ejemplo, llevando a cabo la pesca industrial que lleva a la extinción de las especies, a diferencia de los Machiguengas que se nutren de la naturaleza pero tiene una disposición para ello, por ejemplo pescan en un determinada tiempo del año.

Además, se introduce el concepto de la muerte, la cual por lo general, era esperada en el río; así pues, cuando adquirían una enfermedad no tomaban ningún medicamentos al contrario esperaban la muerte. Otro hecho peculiar era el suicidio, empleado para dos situaciones, la primera cuando sostenían una discusión familiar, y la otra cuando fallaban con una flecha, lo cual manifiesta el grado de exigencia y rectitud que debe demostrar un integrante de la cultura Machiguenga.

Por otra parte, dentro de las costumbres de los Machiguengas existían dos tipos de brujos y curanderos los Seripigaris que eran los benéficos y los Machikanaris, los maléficos, quienes se valían de diferentes plantas para lograr la “mareada”, en donde lograban descifrar aquello que necesitaban saber.

La historia llega a revelar que Mascarita al enfrentar la muerte de sus padres y encontrarse libre para elegir su destino, decidió adentrarse por completo en las selvas peruanas, hasta convertirse por instinto en un Hablador, así lo expresa este personaje:

Quería decirles más bien que yo, antes, no fui lo que soy ahora. Me volví hablador después de ser eso que son ustedes en este momento. Escuchadores. Eso era yo: escuchador. Ocurrió sin quererlo. Poco a poco sucedió. Sin siquiera darme cuenta

fui descubriendo mi destino. Lento, tranquilo. A pedacitos apareció. No con el jugo del tabaco ni el cocimiento de ayahuasca. Ni con la ayuda del seripigari. Solo yo lo descubrí. (p. 82).

El mismo enuncia reiterativamente que al principio, los seripigaris no le tenían confianza, pero tiempo después lo aceptaron, tanto así que lo dejaban escuchar las historias de los habladores, por ello, conocía “las historias de Tasurinchi, las iniquidades de Kientibakori, los secretos de la lluvia, del rayo, del arcoiris, del color y de las líneas que los hombres se pintan antes de salir de cacería” (p. 82), y nada de lo oía se borraba de su mente.

En las historias que contaba Mascarita, ya convertido en hablador se hace una mezcla de los relatos, en los que se incluye de forma particular los bíblicos, por ejemplo cuando dice:

Podía convertir unas pocas yucas y unos cuantos bagres en tantísimos, en muchísimas yucas y pescados para que toda la gente comiera. Devolvía los brazos a los mancos, los ojos a los ciegos y hasta hacía regresar a su mismo cuerpo a las almas que se habían ido. Impresionados, algunos empezaron a seguirlo y a obedecer lo que decía. Renunciaban a sus costumbres, no obedecían las antiguas prohibiciones. Se volverían otros, tal vez. (p. 85).

Esta puede ser una clara visión de Mario Vargas Llosa por expresar que a pesar de las buenas intenciones de Saúl por proteger a los Machiguengas del mundo occidental, en su ser habitaban vestigios de una cultura que no desaparecerá en él de la noche a la mañana, lo cual hace que mezcle consciente o inconscientemente las costumbres de aquellos que se encuentran a su alrededor, por lo tanto, los mitos, leyendas, rituales, cantos, entre otros, se ven ligeramente alterados, aspectos que se evidencian de la realidad.

Para finalizar, es importante mencionar que para los machiguengas, la historia no avanza ni retrocede: gira, se repite, se alimenta, en el fondo se encuentran unos referentes universales que se arraigan fuertemente a un pueblo, y en torno a ellos se constituyen como comunidad, unos más humanos y hermanos que otros.

En síntesis esta obra es una representación de las diferentes conquistas que se dieron y que se siguen dando en el territorio latinoamericano, en donde se crea y se recrea la exclusión del otro de su territorio, de sus costumbres e ideales, demostrando la prevalencia y el poder hegemónico de la cultura dominante, que cada vez se aleja de su naturaleza, de su creadora, la diosa, la Pachamama.